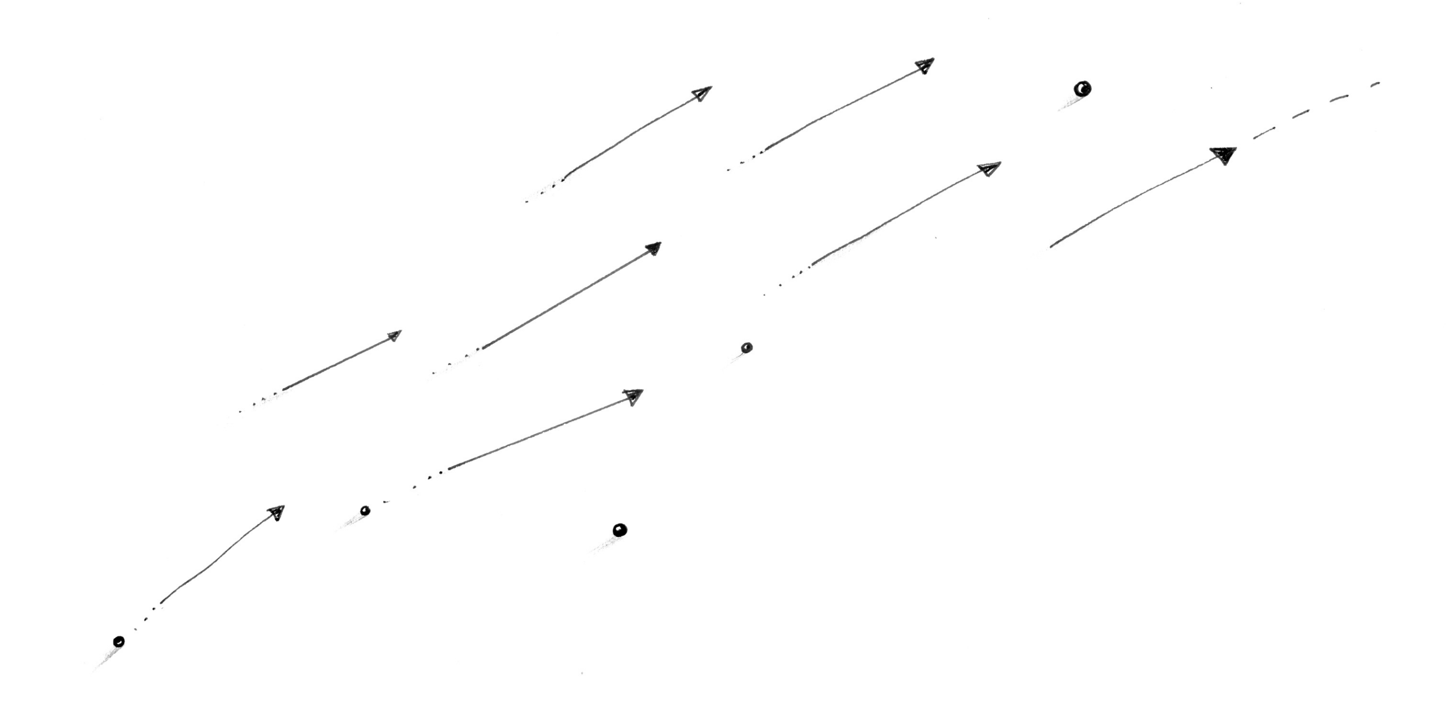




Por lo cual a la buena señora con quien vivía manifestó todos sus asuntos, y le dijo que deseaba ir a Túnez para saciar sus ojos con aquello que los oídos por las recibidas noticias le habían hecho deseosa. La cual alabó mucho su deseo, y como si hubiese sido su madre, subiendo a una barca, con ella se fue a Túnez, donde con Costanza en casa de una pariente suya fue recibida honradamente. Y habiendo ido con ella Carapresa, la mandó a escuchar lo que pudiera saberse de Martuccio; y encontrando que estaba vivo y en gran estado y contándoselo, plugo a la noble señora ser ella quien significase a Martuccio que allí en su busca había venido su Costanza; y yendo un día a donde Martuccio estaba, le dijo:

–Martuccio, a mi casa ha llegado un servidor tuyo que viene de Lípari y querría secretamente hablarte; y por ello, por no confiarse a los otros, tal como él ha querido, yo mismo he venido a decírtelo.

Martuccio le dio las gracias y tras ella se fue a su casa. Cuando la joven lo vio, cerca estuvo de morir de alegría, y no pudiendo contenerse, súbitamente con los brazos abiertos se le echó al cuello y lo abrazó, y por lástima de los infortunios pasados y por la alegría presente, sin poder nada decir, tiernamente comenzó a llorar.

Martuccio, viendo a la joven, un tanto se quedó sin palabra de la maravilla, y luego, suspirando, dijo:

–¡Oh, Costanza mía! ¿Estás viva? Hace mucho tiempo que oí que habías muerto y en nuestro país de ti nada se sabía.

Y dicho esto, llorando tiernamente, la abrazó y la besó. Costanza le contó todas sus aventuras y el honor que había recibido de la noble señora con quien había estado. Martuccio, luego de muchos razonamientos, separándose de ella, a su señor se fue y todo le contó; esto es, sus azares y los de la joven, añadiendo que, con su licencia, entendía según nuestra fe casarse con ella. El rey se maravilló de estas cosas, y haciendo venir a la joven y oyéndole que era tal como Martuccio había dicho, dijo:

–Pues muy bien lo has ganado por marido.

Y haciendo venir grandísimos y nobles presentes, parte le dio a ella y parte a Martuccio, dándoles licencia para hacer entre sí lo que más fuese del agrado de cada uno. Martuccio, honrada mucho la noble señora con quien Costanza había vivido, y agradeciéndole lo que en su servicio había hecho, y haciéndole tales presentes como a ella convenían y encomendándola a Dios, no sin muchas lágrimas de Costanza, se despidió; y luego, subiendo a un barquito con licencia del rey, y con su Carapresa, con próspero viento volvieron a Lípari, donde hubo tan gran fiesta como nunca decir se podría. Allí Martuccio se casó con ella e hizo grandes y hermosas bodas, y luego con ella, en paz y en reposo, largamente gozaron de su amor.

## NOVELA TERCERA

# *Los amantes fugitivos*

### Pietro Boccamazza se escapa con Agnolella; se encuentra con ladrones, la joven huye por un bosque y es conducida a un castillo, Pietro es apresado y se escapa de manos de los ladrones, y luego de algunos accidentes llega al castillo donde estaba Agnolella, y casándose con ella, con ella vuelve a Roma.

No hubo nadie entre todos que la historia de Emilia no alabase, la que viendo la reina que había terminado, volviéndose a Elisa le ordenó que continuase ella; y ella, deseosa de obedecer, comenzó:

–A mí se me pone delante, encantadoras señoras, una mala noche que pasaron dos jovencillos poco prudentes; pero porque le siguieron muchos días felices, como está de acuerdo con nuestro argumento, me place contarla.

En Roma, que como hoy es la cola antes fue la cabeza del mundo, hubo un joven hace poco tiempo llamado Pietro Boccamazza, de familia muy honrada entre las romanas, que se enamoró de una hermosísima y atrayente joven llamada Agnolella, hija de uno que tuvo por nombre Gigliuozzo Saullo, hombre plebeyo pero muy querido a los romanos. Y amándola, tanto hizo, que la joven comenzó a amarle no menos que él la amaba.

Pietro, empujado por ferviente amor, y pareciéndole que no debía sufrir más la dura pena que el deseo de ella le daba, la pidió por mujer; la cual cosa, al saberla sus parientes, fueron adonde él y le reprocharon mucho lo que quería hacer; y por otra parte hicieron decir a Gigliuozzo Saullo que de ninguna manera atendiese a las palabras de Pietro porque, si lo hacía, nunca como amigo le tendrían sus parientes.

Pietro, viéndose vedado el camino por el que sólo creía poder conseguir su deseo, quiso morirse de dolor, y si Gigliuozzo lo hubiera consentido, contra el gusto de todos los parientes que tenía hubiese tomado por mujer a su hija; pero como no fue así, se le puso en la cabeza que, si a la joven le placiere, haría que aquello tuviese lugar, y por persona interpuesta conociendo que le placía, se puso de acuerdo con ella para huir de Roma. Y planeado aquello, Pietro, una mañana, levantándose tempranísimo, junto con ella montó a caballo y se pusieron en camino hacia Anagni, donde Pietro tenía algunos amigos en los cuales confiaba mucho; y cabalgando así, no teniendo tiempo de hacer las bodas porque temían ser seguidos, hablando sobre su amor, alguna vez el uno besaba al otro. Ahora, sucedió que, no conociendo Pietro muy bien el camino, cuando estuvieron unas ocho millas lejos de Roma, debiendo tomar a la derecha, se fueron por un camino a la izquierda; y apenas habían cabalgado más de dos millas cuando se vieron cerca de un castillo del cual, habiéndolos visto, súbitamente salieron cerca de doce hombres de armas; y estando bastante cerca, la joven los vio, por lo que gritando dijo:

–¡Pietro, salvémonos que nos asaltan!

Y como pudo, hacia un bosque grandísimo volvió su jaco y, apretándole las espuelas, sujetándose al arzón, sintiéndose el jaco aguijar, corriendo por aquel bosque la llevaba. Pietro, que más la cara de ella iba mirando que el camino, no habiéndose percatado pronto, como ella, de los hombres que venían, fue alcanzado por ellos y preso y obligado a bajar del jaco; y preguntándole quién era, empezaron a deliberar entre ellos y a decir:

–Éste es de los amigos de nuestros enemigos; ¿qué hemos de hacer sino quitarle estas ropas y este jaco y, por desagradar a los Orsini, colgarlo de una de estas encinas?

Y estando todos de acuerdo con esta decisión, habían mandado a Pietro que se desnudase; y

estando él desnudándose, ya adivinando todo su mal, sucedió que una cuadrilla de bien veinticinco hombres de armas que estaban en acecho súbitamente se les echaron encima a aquéllos gritando "¡Mueran, mueran!".

Los cuales, sorprendidos por aquello, dejando a Pietro, se volvieron en su defensa, pero viéndose mucho menos que los asaltantes, comenzaron a huir, y éstos a seguirlos, la cual cosa viendo Pietro, súbitamente cogió sus cosas y saltó sobre su jaco y comenzó a huir cuanto pudo por el camino por donde había visto que la joven había huido.

Pero no viendo por el bosque ni camino ni sendero, ni distinguiendo huellas de caballo, después de que le pareció encontrarse a salvo y fuera de las manos de aquellos que le habían apresado y también de los otros por quienes ellos habían sido asaltados, no encontrando a su joven, más triste que ningún hombre comenzó a llorar y a andarla llamando por aquí y por allí por el bosque; pero nadie le respondía, y él no se atrevía a volverse atrás, y andando por allí delante no sabía adónde iba a llegar; y, por otra parte, de las fieras que suelen habitar en los bosques tenía al mismo tiempo miedo por él y por su joven, a quien le parecía estar viendo estrangulada por un oso o un lobo.

Anduvo, pues, este desventurado Pietro todo el día por aquel bosque gritando y dando voces, a veces retrocediendo cuando creía que avanzaba; y ya entre el gritar y el llorar y por el miedo y por el largo ayuno, estaba tan rendido que más no podía. Y viendo llegada la noche, no sabiendo qué consejo tomar, encontrada una grandísima encina, bajando del jaco, lo ató a ella, y luego, para no ser por las fieras devorado por la noche, se subió a ella, y poco después, saliendo la luna y estando el tiempo clarísimo, no atreviéndose a dormir para no caer, aunque hubiera tenido la ocasión, el dolor y los pensamientos que tenía de su joven no le hubieran dejado; por lo que, suspirando y llorando y maldiciendo su desventura, velaba.

La joven, huyendo como decíamos antes, no sabiendo dónde ir sino donde su jaco mismo donde mejor le parecía la llevaba, se adentró tanto en el bosque que no podía ver el lugar por donde había entrado; por lo que no de otra manera de lo que había hecho Pietro, todo el día (ora esperando y ora andando), y llorando y dando voces, y doliéndose de su desgracia, por el selvático lugar anduvo dando vueltas. Al fin, viendo que Pietro no venía, estando ya oscuro, dio junto a un senderillo, entrando por el cual y siguiéndolo el jaco, luego de que más de dos millas hubo cabalgado, desde lejos se vio delante de una casita, a la que lo antes que pudo se llegó; y allí encontró a un buen hombre de mucha edad con su mujer que también era vieja; los cuales, cuando la vieron sola, dijeron:

–Hija, ¿qué vas haciendo tú sola a esta hora por este lugar?

La joven, llorando, repuso que había perdido a su compañía en el bosque y preguntó a qué distancia estaba Anagni.

El buen hombre respondió:

–Hija mía, éste no es camino por donde ir a Anagni; hay más de doce millas desde aquí.

Dijo entonces la joven:

–¿Y dónde hay habitaciones en que poder albergarse?

Y el buen hombre repuso:

–Habitaciones no hay en ningún lugar tan cercano que pudieses llegar antes que fuera de día.

Dijo entonces la joven:

–¿Os placería, puesto que a otro lugar ir no puedo, tenerme aquí por el amor de Dios esta noche?

El buen hombre repuso:

–Joven, que te quedes con nosotros esta noche nos placerá, pero sin embargo queremos recordarte que por estas comarcas de día y de noche van muchas malas brigadas de amigos y enemigos que muchas veces nos causan gran daño y gran disgusto; y si



por desgracia estando tú aquí viniera alguna, y viéndote hermosa y joven como eres te causaran molestias y deshonra, nosotros no podríamos ayudarte. Queremos decírtelo para que después, si ello sucediera, no puedas quejarte de nosotros.
La joven, viendo que la hora era tardía, aunque las palabras la asustasen, dijo:
–Si place a Dios, nos guardará a vos y a mí de este dolor, que si a pesar de ello me sucediera, es mucho menos malo ser desgarrada por los hombres que despedazada en los bosques por las fieras.
Y dicho esto, bajando de su rocín, entró en la casa del pobre hombre, y allí con ellos de lo que pobremente tenían cenó y luego, toda vestida, sobre una yacija, junto con ellos, se acostó a dormir; y en toda la noche no cesó de suspirar ni de llorar su desventura y la de Pietro, de quien no sabía qué debía esperar sino mal.
Y estando ya cerca la mañana, sintió un gran ruido de pasos de gente; por la cual cosa, levantándose, se fue a un gran patio que tenía detrás la pequeña casita, y viendo en una de las partes mucho heno, se fue a esconder dentro para que, si aquella gente llegase aquí, no la encontraran tan pronto. Y apenas acababa de esconderse del todo cuando aquéllos, que eran una gran brigada de hombres malvados, llegaron a la puerta de la casita; y haciendo abrir y entrando dentro, y encontrado el jaco de la joven todavía con la silla puesta, preguntaron quién había allí.
El buen hombre, no viendo a la joven, repuso:
–No hay nadie más que nosotros, pero este rocín, de quien se haya escapado, llegó ayer por la tarde a nosotros y lo metimos en la casa para que los lobos no lo comiesen.
–Pues –dijo el comandante de la compañía– bueno será para nosotros, puesto que otro dueño no tiene.
Esparciéndose, pues, todos éstos por la pequeña casa, una parte se fue al patio, y dejando en tierra sus lanzas y sus escudos de madera, sucedió que uno de ellos, no sabiendo qué hacer, arrojó su lanza en el heno y estuvo a punto de matar a la escondida joven, y ella a descubrirse porque la lanza le dio junto a la teta izquierda, tanto que el hierro le desgarró los vestidos con lo que ella estuvo a punto de lanzar un gran grito temiendo haber sido herida; pero acordándose de dónde estaba, recobrándose, se quedó callada. La brigada, quién por aquí y quién por allá, habiéndoles cogido los cabritillos y la otra carne, y comido y bebido, se fueron a lo suyo y se llevaron el rocín de la joven. Y estando ya bastante lejos, el buen hombre comenzó a preguntar a la mujer:
–¿Qué ha sido de la joven que ayer por la noche llegó aquí, que no la he visto desde que nos levantamos?
La buena mujer respondió que no sabía, y estuvieron buscándola. La joven, sintiendo que aquéllos se habían ido, salió del heno; de lo que el buen hombre, muy contento, puesto que vio que no había dado en manos de aquéllos, y haciéndose ya de día, le dijo:
–Ahora que el día viene, si te place te acompañaremos hasta un castillo que está a cinco millas de aquí, y estarás en un lugar seguro; pero tendrás que venir a pie, porque esa mala gente que ahora se va de aquí, se ha llevado tu rocín.
La joven, sin preocuparse por ello, le rogó que al castillo la llevasen; por lo que poniéndose en camino, allí llegaron hacia mitad de tercia. Era el castillo de uno de los Orsini que se llamaba Liello de Campodifiore, y por ventura estaba allí su mujer, que era señora buenísima y santa; y viendo a la joven, prestamente la reconoció y la recibió con fiestas, y ordenadamente quiso saber cómo había llegado allí. La joven le contó todo.

La señora, que conocía también a Pietro, así como amigo de su marido que era, dolorosa estuvo del caso sucedido; y oyendo dónde había sido preso, pensó que habría sido muerto. Dijo entonces a la joven.
–Puesto que es así que no sabes de Pietro, te quedarás aquí conmigo hasta que pueda mandarte a Roma con seguridad.
Pietro, estando sobre la encina lo más triste que puede estarse, vio venir unos veinte lobos hacia la hora del primer sueño, los cuales todos en cuanto el jaco vieron lo rodearon. Sintiéndolos el rocín, levantando la cabeza, rompió las riendas y quiso darse a la huida, pero estando rodeado y no pudiendo, un gran rato con los dientes y con las patas se defendió; al final fue abatido y destrozado y rápidamente destripado, y apacentándose todos, no dejando sino los huesos, lo devoraron y se fueron. Con lo que Pietro, a quien parecía tener en el jaco una compañía y un sostén de sus fatigas, mucho se acoquinó y se imaginó que nunca más podría salir de aquel bosque; y siendo ya cerca del día, muriéndose de frío sobre la encina, como quien siempre miraba alrededor, vio cerca lo que parecía un grandísimo fuego; por lo que, al hacerse de día claro, bajando no sin miedo de la encina, se enderezó hacia allí y tanto anduvo que llegó a él, alrededor del cual encontró pastores que comían y se divertían, por los que por compasión fue recogido. Y luego de que hubo comido bien y se calentó, contada su desventura y cómo había llegado solo allí, les preguntó si en aquellos lugares había alguna villa o castillo adonde pudiese ir. Los pastores le dijeron que a unas tres millas de allí estaba un castillo de Liello de Campodiflore, en el cual al presente estaba su mujer; de lo que Pietro contentísimo se puso y les rogó que alguno de ellos le acompañase hasta el castillo, lo que dos de ellos hicieron de buen grado. Llegado a él Pietro, y habiendo encontrado allí a un conocido suyo, tratando de buscar el modo de que la joven fuese buscada por el bosque, fue mandado llamar de parte de la señora; el cual, incontinenti, fue a ella, y al ver con ella a Agnolella, nunca contento hubo igual que el suyo.
Se consumía todo por ir a abrazarla, pero por vergüenza que le causaba la señora lo dejaba; y si él estuvo muy contento, la alegría de la joven al verlo no fue menor. La noble señora, acogiéndolo y festejándolo y oyéndole lo que sucedido le había, le reprendió mucho de lo que quería hacer contra el gusto de sus parientes; pero viendo que con todo estaba determinado a ello y que agradaba a la joven, dijo:
–¿De qué me preocupo yo? Éstos se aman, éstos se conocen; cada uno de ellos es igualmente amigo de mi marido, y su deseo es honrado, y creo que agrade a Dios; puesto que uno de la horca ha escapado y el otro de la lanza, y ambos de las fieras salvajes, hágase así.
Y volviéndose a ellos les dijo:
–Si esto tenéis en el ánimo, querer ser mujer y marido, yo también; hágase, y que las bodas aquí se preparen a expensas de Liello: la paz, después, entre vosotros y vuestros parientes bien sabré hacerla yo.
Contentísimo Pietro, y más Agnolella, se casaron allí, y como se puede hacer en la montaña, la noble señora preparó sus honradas bodas, y allí los primeros frutos de su amor dulcísimamente gustaron. Luego, de allí a algunos días, la señora junto con ellos montando a caballo, y bien acompañados, volvieron a Roma, donde, encontrando muy airados a los parientes de Pietro por lo que había hecho, con ellos los puso en paz; y él con mucho reposo y placer con su Agnolella hasta su vejez vivió.

NOVELA CUARTA

## *El ruiseñor de Caterina*

### Ricciardo Manardi es hallado por micer Lizio de Valbona con su hija, con la cual se casa, y con su padre queda en paz.

Al callarse Elisa, las alabanzas que sus compañeras hacían de su historia escuchando, ordenó la reina a Filostrato que él hablase; el cual, riendo, comenzó:

–He sido reprendido tantas veces por tantas de vosotras porque os impuse un asunto de narraciones crueles y que movían al llanto, que me parece (para restañar algo aquella pena) estar obligado a contar alguna cosa con la cual algo os haga reír; y por ello, de un amor que no tuvo más pena que algunos suspiros y un breve temor mezclado con vergüenza, y a buen fin llegado, con una historieta muy breve entiendo hablaros.

No ha pasado, valerosas señoras, mucho tiempo desde que hubo en la Romaña un caballero muy de bien y cortés que fue llamado micer Lizio de Valbona, a quien por acaso, cerca de su vejez, le nació una hija de su mujer llamada doña Giacomina; la cual, más que las demás de la comarca al crecer se hizo hermosa y placentera; y porque era la única que les quedaba al padre y a la madre sumamente por ellos era amada y tenida en estima y vigilada con maravilloso cuidado, esperando concertarle un gran matrimonio. Ahora frecuentaba mucho la casa de micer Lizio y mucho se entretenía con él un joven hermoso y lozano en su persona, que era de los Manardi de Brettinoro, llamado Ricciardo, del cual no se guardaban micer Lizio y su mujer más que si hubiera sido su hijo; el cual, una vez y otra habiendo visto a la joven hermosísima y gallarda y de loables maneras y costumbres, y ya en edad de tomar marido, de ella ardientemente se enamoró, y con gran cuidado tenía oculto su amor. De lo cual, percibiéndose la joven, sin esquivar el golpe, semejantemente comenzó a amarle a él, de lo que Ricciardo estuvo muy contento.

Y habiendo muchas veces sentido deseos de decirle algunas palabras, y habiéndose callado por temor, sin embargo una vez, buscando ocasión y valor, le dijo:

–Caterina, te ruego que no me hagas morir de amor.

La joven repuso de súbito:

–¡Quisiera Dios que me hicieses tú más morir a mí!

Esta respuesta mucho placer y valor dio a Ricciardo y le dijo:

–Por mí no quedará nada que te sea grato, pero a ti corresponde encontrar el modo de salvar tu vida y la mía.

La joven entonces dijo:

–Ricciardo, ves lo vigilada que estoy, y por ello no puedo ver cómo puedes venir conmigo; pero si puedes tú ver algo que pueda hacer sin que me deshonre, dímelo, y yo lo haré.

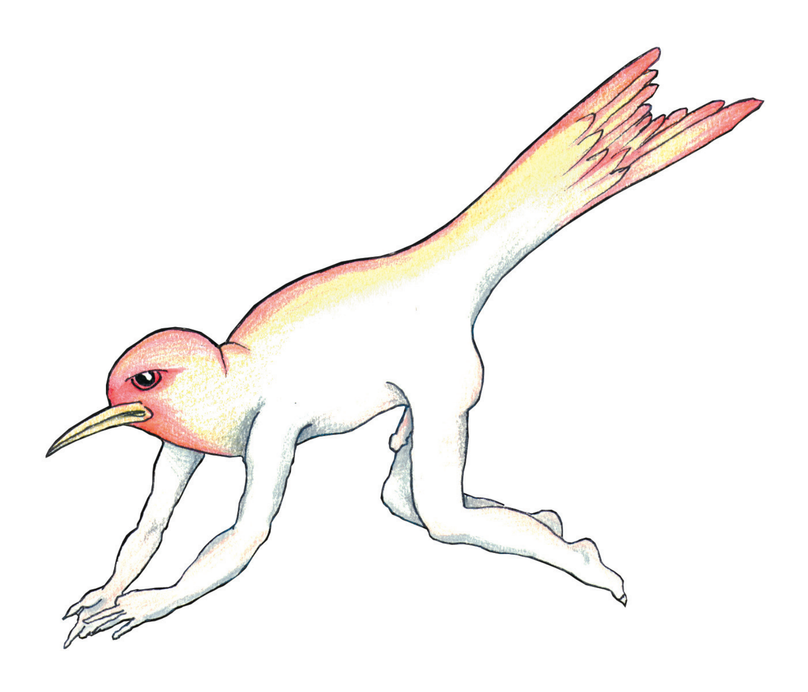
Ricciardo, habiendo pensado muchas cosas, súbitamente dijo:

–Dulce Caterina mía, no puedo ver ningún camino si no es que pudieras dormir o venir arriba a la galería que está junto al jardín de tu padre, donde, si supiese yo que estabas, por la noche sin falta me las arreglaría para llegar, por muy alta que esté.

Y Caterina le respondió:

–Si te pide el corazón venir allí creo que bien podré hacer de manera que allí duerma.

Ricciardo dijo que sí, y dicho esto, una sola vez se besaron a escondidas, y se separaron. Al día siguiente, estando ya cerca el final de mayo, la joven comenzó delante de la madre a quejarse de



que la noche anterior, por el excesivo calor, no había podido dormir. Dijo la madre:

–Hija, pero ¿qué calor fue ése? No hizo calor ninguno.

Y Caterina le dijo:

–Madre mía, deberíais decir «a mi parecer» y tal vez diríais bien; pero deberíais pensar en lo mucho más calurosas que son las muchachas que las mujeres mayores.

La señora dijo entonces:

–Hija, es verdad, pero yo no puedo hacer calor y frío a mi gusto, como tú parece que querrías; el tiempo hay que sufrirlo como lo dan las estaciones; tal vez esta noche hará más fresco y dormirás mejor.

–Quiera Dios –dijo Caterina–, pero no suele ser costumbre, yendo hacia el verano, que las noches vayan refrescándose.

–Pues –dijo la señora–, ¿qué vamos a hacerle?

Repuso Caterina:

–Si a mi padre y a vos os placiera, yo mandaría hacer una camita en la galería que está junto a su alcoba y sobre su jardín, y dormiría allí oyendo cantar el ruiseñor; y teniendo un sitio más fresco, mucho mejor estaría que en vuestra alcoba.

La madre entonces dijo:

–Hija, cálmate; se lo diré a tu padre, y si él lo quiere así lo haremos.

Las cuales cosas oyendo micer Lizio a su mujer, porque era viejo y quizá por ello un tanto malhumorado, dijo:

–¿Qué ruiseñor es ése con el que quiere dormirse? También voy a hacerla dormir con el canto de las cigarras.

Lo que sabiendo Caterina, más por enfado que por calor, no solamente la noche siguiente no durmió sino que no dejó dormir a su madre, siempre quejándose del mucho calor, lo que habiendo visto la madre fue por la mañana a micer Lizio y le dijo:

–Micer, vos no queréis mucho a esta joven; ¿qué os hace durmiendo en esa galería? En toda la noche no ha cerrado el ojo por el calor; y además, ¿os asombráis porque le guste el canto del ruiseñor siendo como es una criatura? A los jóvenes les gustan las cosas semejantes a ellos.

Micer Lizio, al oír esto, dijo:

–Vaya, ¡que le hagan una cama como pueda caber allí y haz que la rodeen con sarga, y que duerma allí y que oiga cantar el ruiseñor hasta hartarse!

La joven, enterada de esto, prontamente hizo preparar allí una cama; y debiendo dormir allí la noche siguiente, esperó hasta que vio a Ricciardo y le hizo una señal convenida entre ellos, por la que entendió lo que tenía que hacer.

Micer Lizio, sintiendo que la joven se había acostado, cerrando una puerta que de su alcoba daba a la galería, del mismo modo se fue a dormir.

Ricciardo, cuando por todas partes sintió las cosas tranquilas, con la ayuda de una escala subió al muro, y luego desde aquel muro, agarrándose a unos saledizos de otro muro, con gran trabajo (y peligro si se hubiese caído), llegó a la galería, donde calladamente con grandísimo gozo fue recibido por la joven; y luego de muchos besos se acostaron juntos y durante toda la noche tomaron uno del otro deleite y placer, haciendo muchas veces cantar al ruiseñor. Y siendo las noches cortas y el placer grande, y ya cercano el día (lo que no pensaban), caldeados tanto por el tiempo como por el jugue-

teo, sin tener nada encima se quedaron dormidos, teniendo Caterina con el brazo derecho abrazado a Ricciardo bajo el cuello y cogiéndole con la mano izquierda por esa cosa que vosotras mucho os avergonzáis de nombrar cuando estáis entre hombres. Y durmiendo de tal manera sin despertarse, llegó el día y se levantó micer Lizio; y acordándose de que su hija dormía en la galería, abriendo la puerta silenciosamente, dijo:

–Voy a ver cómo el ruiseñor ha hecho dormir esta noche a Caterina.

Y saliendo afuera calladamente, levantó la sarga con que estaba oculta la cama, y a Ricciardo y a ella se encontró desnudos y destapados que dormían en la guisa arriba descripta; y habiendo bien conocido a Ricciardo, en silencio se fue de allí y se fue a la alcoba de su mujer y la llamó diciendo:

–Anda, mujer, pronto, levántate y ven a ver que tu hija estaba tan deseosa del ruiseñor que tanto lo ha acechado que lo ha cogido y lo tiene en la mano.

Dijo la señora:

–¿Cómo puede ser eso?

Dijo micer Lizio:

–Lo verás si vienes enseguida.

La señora, apresurándose a vestirse, en silencio siguió a micer Lizio, y llegando los dos juntos a la cama y levantada la sarga claramente pudo ver doña Giacomina cómo su hija había cogido y tenía el ruiseñor que tanto deseaba oír cantar. Por lo que la señora sintiéndose gravemente engañada por Ricciardo quiso dar gritos y decirle grandes injurias, pero micer Lizio le dijo:

–Mujer, guárdate, si estimas mi amor, de decir palabra porque en verdad, ya que lo ha cogido, será suyo. Ricciardo es un joven noble y rico; no puede darnos sino buen linaje; si quiere separarse de mí con buenos modos tendrá que casarse primero con ella, así se encontrará con que ha metido el ruiseñor en su jaula y no en la ajena.

Por lo que la señora, consolada, viendo que su marido no estaba irritado por este asunto, y considerando que su hija había pasado una buena noche y había descansado bien y había cogido el ruiseñor, se calló. Y pocas palabras dijeron después de éstas, hasta que Ricciardo se despertó; y viendo que era día claro se tuvo por muerto, y llamó a Caterina diciendo:

–¡Ay de mí, alma mía! ¿Qué haremos que ha venido el día y me ha cogido aquí?

A cuyas palabras micer Lizio, llegando de dentro y levantando la sarga contestó:

–Haremos lo que podamos.

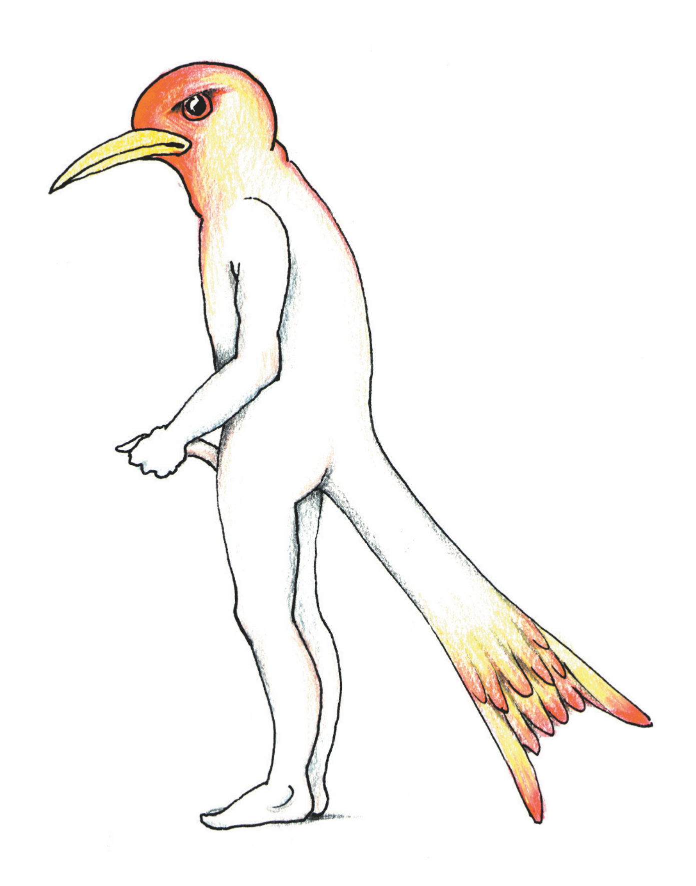
Cuando Ricciardo lo vio, le pareció que le arrancaban el corazón del pecho; e incorporándose en la cama dijo:

–Señor mío, os pido merced por Dios, sé que como hombre desleal y malvado he merecido la muerte, y por ello haced de mí lo que os plazca, pero os ruego, si puede ser, que tengáis piedad de mi vida y no me matéis.

Micer Lizio le dijo:

–Ricciardo, esto no lo ha merecido el amor que te tenía y la confianza que ponía en ti; pero puesto que es así, y que a tan gran falta te ha llevado la juventud, para salvarte de la muerte y a mí de la deshonra, antes de moverte toma a Caterina por tu legítima esposa, para que, así como esta noche ha sido tuya, lo sea mientras viva; y de esta guisa pue-

des mi perdón y su salvación lograr, y si no quieres hacer eso encomienda a Dios tu alma.
Mientras estas palabras se decían, Caterina soltó el ruiseñor y, despertándose, comenzó a llorar amargamente y a rogar a su padre que perdonase a Ricciardo; y por otra parte rogaba a Ricciardo que hiciese lo que micer Lizio quería, para que con tranquilidad y mucho tiempo pudiesen pasar juntos tales noches. Pero no hubo necesidad de muchos ruegos porque, por una parte, la vergüenza de la falta cometida y el deseo de enmendarla y, por otra, el miedo a morir y el deseo de salvarse, y además de esto el ardiente amor y el apetito de poseer la cosa amada, de buena gana y sin tardanza le hicieron decir que estaba dispuesto a hacer lo que le placía a micer Lizio; por lo que pidiendo micer Lizio a la señora Giacomina uno de sus anillos, allí, sin moverse, en su presencia, Ricciardo tomó por mujer a Caterina. La cual cosa hecha, micer Lizio y su mujer, yéndose, dijeron:
–Descansad ahora, que tal vez lo necesitáis más que levantaros.
Y habiendo partido ellos, los jóvenes se abrazaron el uno al otro, y no habiendo andado más que seis millas por la noche anduvieron otras dos antes de levantarse, y terminaron su primera jornada.
Levantándose luego, y teniendo ya Ricciardo una ordenada conversación con micer Lizio, pocos días después, como convenía, en presencia de sus amigos y de los parientes, de nuevo desposó a la joven y con gran fiesta se la llevó a su casa y celebró honradas y hermosas bodas, y luego con él largamente en paz y tranquilidad, muchas veces y cuanto quiso dio caza a los ruiseñores de día y de noche.





# *Los rivales*

## Guidotto de Cremona deja a Giacomino de Pavia una niña y se muere; a la cual Giannole de Severino y Minghino de Mingole aman en Faenza; llegan a las manos; se descubre que la muchacha es hermana de Giannole y se entrega por esposa a Minghino.

Habían reído tanto todas las mujeres, escuchando la historia del ruiseñor, que todavía, aunque Filostrato hubiera terminado de novelar, no podían dejar de reírse. Pero al cabo, luego de que un rato se hubieron reído, dijo la reina:

–Ciertamente, aunque nos afligiste ayer, nos has divertido hoy tanto, que ninguna debe quejarse de ti con razón.

Y habiendo remitido la palabra a Neifile, le ordenó que novelase; la cual alegremente así comenzó a hablar:

–Puesto que Filostrato ha entrado, hablando, en la Romaña, a mí me agradará también andar algún tanto por ella paseándome con mi novelar.

Digo, pues, que vivieron antiguamente en la ciudad de Fano dos lombardos de los cuales uno fue llamado Guidotto de Cremona y el otro Giacomino de Pavia, hombres ya de edad y que habían pasado su juventud casi toda en hechos de armas y como soldados; donde, llegándole la hora de la muerte a Guidotto, y no teniendo ningún hijo ni otro amigo o pariente en quien confiar más de lo que hacía en Giacomino una hija suya de unos diez años y lo que en el mundo tenía, hablándole mucho de sus asuntos, le dejó, y se murió.

Sucedió en estos tiempos que la ciudad de Faenza, que largamente había estado en guerra y en desventura, a un estado mejor volvió, y fue, a cualquiera que quisiese volver, libremente concedido que pudiese volver; por la cual cosa, Giacomino, que otras veces había vivido allí, y placídole la estancia, allí se volvió con todas sus cosas, y con él se llevó a la muchacha que le había dejado Guidotto, a quien como a hija propia amaba y trataba. La cual, creciendo, se hizo hermosísima joven tanto como cualquiera otra que hubiese en la ciudad; y tanto como era hermosa era cortés y honrada, por la cual cosa empezaron a cortejarla algunos, pero sobre todo dos jóvenes muy gallardos e igualmente de pro le cogieron grandísimo amor, en tanto que por celos empezaron a tenerse un odio desmesurado: y se llamaba el uno Giannole de Severino y el otro Minghino de Mingole.

Y ninguno de ellos, teniendo ella quince años, hubiese dejado de tomarla por mujer si sus parientes lo hubieran sufrido; por lo que, viendo que en la manera honesta se la prohibían, cada uno se dedicó a conquistarla de la manera que mejor pudiese. Tenía Giacomino en casa una criada de edad y un criado que tenía por nombre Crivello, persona divertida y muy amistosa a la cual Giannole, familiarizándose mucho, cuando le pareció oportuno le descubrió su amor, rogándole que le fuese favorable para poder obtener su deseo, y grandes cosas si lo hacía prometiéndole.

A quien Crivello dijo:

–Mira, en esto no podré hacer otra cosa por ti sino que cuando Giacomino se vaya a alguna parte a cenar, meterte donde ella estuviera, porque si le quisiera decir algo por ti no se quedaría nunca escuchándome. Esto, si te place, te lo prometo, y lo haré; haz luego, si sabes, lo que creas que esté bien.

Giannole le dijo que no quería más, y quedaron de acuerdo en esto.

Minghino, por otra parte, había conquistado a la criada y conseguido tanto con ella que muchas veces le había llevado sus embajadas a la muchacha y casi

con su amor la había inflamado; y además de esto, le había prometido reunirlo con ella si sucediese que Giacomino por alguna razón se fuese de casa por la noche. Sucediendo, pues, no mucho después de estas palabras que, por obra de Crivello, Giacomino se fue a cenar con un amigo suyo, haciéndolo saber a Giannole, acordó con él que, cuando hiciese cierta señal, viniera, y encontraría la puerta abierta.

La criada, por otra parte, no sabiendo nada de esto, avisó a Minghino de que Giacomino no cenaba allí, y le dijo que estuviera cerca de la casa, de manera que cuando viese una señal que le haría ella, viniera y entrase dentro.

Llegada la noche, no sabiendo los dos amantes nada el uno del otro, sospechando cada uno del otro, con algunos compañeros armados se fueron a entrar en posesión de ésta; Minghino, con los suyos, a esperar la señal se instaló en casa de un amigo suyo vecino de la joven; Giannole, con los suyos, se quedó un poco alejado de la casa. Crivello y la criada, no estando allí Giacomino, se ingeniaban en quitarse de en medio el uno al otro.

Crivello decía a la criada:

–¿Cómo no te vas a dormir? ¿Qué haces dando vueltas por la casa?

Y la criada le decía:

–Pero ¿tú por qué no te vas con el señor? ¿Qué estás esperando aquí si ya has cenado?

Y así, el uno no podía hacer mover al otro.

Pero Crivello, viendo que había llegado el momento concertado con Giannole, se dijo: «¿Qué me importa ésta? Si no se calla, tendrá lo que se merece». Y hecha la señal convenida, se fue a abrir la puerta; y Giannole, venido prontamente con dos de sus compañeros, entró, y encontrando a la joven en la sala, la cogieron para llevársela. La joven empezó a resistir y a gritar fuertemente, y la criada del mismo modo; lo que sintiendo Minghino, prestamente con sus compañeros allá corrió y, viendo que ya sacaban a la joven por la puerta, sacando las espadas, gritaron todos:

–¡Alto, traidores, muertos sois! No os saldréis con la vuestra; ¿qué violencia es ésta?

Y dicho esto, comenzaron a herirles y, por otra parte, la vecindad, saliendo fuera al alboroto con luces y con armas, comenzaron a condenar aquello y a ayudar a Minghino; por lo que, luego de larga pelea, Minghino le quitó la joven a Giannole y la volvió a llevar a casa de Giacomino; y no se había terminado la reyerta cuando los soldados del capitán de la ciudad llegaron allí y cogieron a muchos de aquéllos, y entre otros fueron presos Minghino y Giannole y Crivello, y llevados a prisión. Pero tranquilizada luego la cosa y habiendo vuelto Giacomino, y muy sañudo con este incidente, examinando cómo había sido, y encontrando que en nada tenía culpa la joven, se tranquilizó un tanto, proponiéndose, para que más casos semejantes no sucedieran, casarla lo antes que pudiera. Llegada la mañana, los parientes de una parte y de la otra, habiendo la verdad del caso oída y conociendo el mal que a los jóvenes apresados podía sobrevenirles si Giacomino quería poner en obra lo que razonablemente habría podido, se fueron a él y con suaves palabras le rogaron que a la ofensa recibida del poco juicio de los jóvenes no mirase tanto cuanto al amor y a la benevolencia que creían que les tenía a aquellos que le rogaban, ofreciéndose luego ellos mismos y los jóvenes que habían causado el mal a poner en obra toda reparación que él exigiese.

Giacomino, que durante su vida habría visto muchas cosas y era de buenos sentimientos, repuso brevemente: